ALEGORIA SEGUNDA.

Los grandes, ó por amor, ó por fuerza, quieren ser reverenciados, y cuasi adorados de los inferiores; pero muchas veces tambien un rústico puede humillar la altivez de un soberbio. Las mugeres son vehementísimas en la ira, particularmente en el tiempo que se les toca en sus pasiones mas delicadas, que son la vanidad y la soberbia.

Astucia de Bertoldo, para parecer delante del Rey en el modo que se ha dicho.

El dia siguiente mandó á su madre, que le hiciese una torta de acelgas, manteca, requeson y queso, con bastante abundancia de harina por defuera, tomó despues un harnero, se le puso por delante del rostro, y con la torta en la mano volvió de esta suerte á la presencia del Rey: viéndole parecer en tan estraña figura, empezó á reir, y de esta suerte le dijo:

Rey. Qué significa ese harnero que traes delante del rostro?

Bert. Pues no me mandaste que viniese delante de tí, de modo que me vieses y no me vieses?

Rey. Es cierto.

Bert. Pues ya me ves, y no me ves, por los agujeros de este harnero.

Rey. Ya veo yo, que sales de todo bien con tus gracias y sutilezas; pero díme, dón-

de está la huerta, caballeriza y molino, que te mandé me trajeses?

Bert. Aquí está todo en esta torta, en la cual estan comprehendidas las tres cosas: las acelgas significan la huerta: la manteca, queso y requeson la caballeriza; y la harina no es otra cosa mas que el molino.

Rey. Es cierto que no he visto, ni he tratado entendimiento mas perspicaz que el tuyo; y así desde hoy en adelante pídeme cuanto quisieres, y te doy permiso, paraque te sirvas de mi corte en todas tus necesidades.

Alegría de Bertoldo.

Con la oferta, que el Rey le hizo, se apartó un poco distante, y retirándose á un patio, se bajó las bragas, y fingió querer hacer alguna necesidad: el Rey casualmente lo vió desde una ventana, y gritando fuertemente á Bertoldo, le dijo:

Rey. Bestia, incapaz, qué es lo que vas á hacer?

Bert. Pues no dices, que me sirva yo de tu corte en todas mis necesidades?

Rey. Es verdad, que lo he dicho: pero no lo decia yo por tanto, ni yo pudiera pensar semejante atrevimiento.

Bert. Pues ya que me has dicho, y me lo has ofrecido, quiero servirme de la oferta, y descargar el grave peso que tengo en el vientre, que me agrava mucho, y no puedo sufrirlo mas.

Viendo esto uno de aquellos guardias, alzó

un palo para sacudirle, y le dijo con enfado: Bruto, insolente, véte á la cuadra donde estan los asnos, mas racionales que tú, y otro dia no te atrevas á desvergüenza semejante en palacio, y cuasi delante del Rey, si no quieres que te rompa las costillas con este palo. Volvióse entonces Bertoldo á él, y le dice:

Bert. Hermano, véte poco á poco, y no seas tan pronto, ni te hagas tan zeloso; advierte, que tambien las moscas, que vuelan sobre las cabezas de los tiñosos, se ponen sobre la Real mesa, y se ensucian en la propia taza del Rey, y no obstante come la sopa sin escrúpulo ninguno, sin reparar en una cosa tan sumamente asquerosa; pues si esto es así, cómo reparas en que yo haga en el suelo esta cosa tan precisa, siendo tan necesaria? Fuera de que, si el Rey me manda que en mis necesidades me sirva de su corte, qué mas necesidad me puede suceder, que la presente, para aprovecharme de ella? Por esta accion entendió el Rey la cifra de Bertoldo; y sacándose del dedo una sortija, se volvió á él, y le dijo:

Rey, Toma esta sortija por premio: y tú, tesorero, tráeme aquí mil escudos, que quiero hacer luego un presente á Bertoldo.

Bert. Yo no quiero que tú me interrumpas el sueño.

Rey. Pues por qué motivo te lo tengo de interrumpir?

Bert. Porque si yo tengo esta sortija con tanto dinero, no descansaré jamas, pues me

estaré imaginando y alambicando los sesos continuamente, y no podré hallar sosiego de ningun modo; pues regularmente he oido decir, que quien de otro toma, á sí mismo se echa la maroma: á mí la naturaleza me hizo libre, y libre quiero conservarme.

Rey. Pues qué te podré yo dar para gratificarte?

Bert. Demasiado paga quien conoce el beneficio.

Rey. No basta conocerlo solamente, tambien es menester para el reconocimiento hacer alguna gratificacion.

Bert. La buena intencion es bastante paga para el hombre de bien.

Rey. El superior no debe ceder al súbdito en generosidad.

Bert. Tampoco debe el súbdito aceptar nada, que corresponda á mas de lo que él se merece.

La reina nuevamente insta al Rey paraque la envie á Bertoldo.

En el tiempo que estaba hablando, llegó un criado de parte de la Reina con una carta, en la cual suplicaba al Rey le enviase á Bertoldo, pues queria divertirse con sus gracias, y el motivo era hallarse bastantemente melancólica; pero era todo ficcion, pues tenia pensamiento de hacerle quitar la vida: á esto la movia haber sabido, que por su culpa habian recibido las matronas del Rey una afrenta y disgusto tan grande como

el pasado: por este motivo estaban tan rabiosas contra él, que si le hubieran podido agarrar entre las uñas, le hubieran desollado vivo. El Rey, habiendo leido la carta, y dando crédito á su contenido, se volvió á Bertoldo, y le dijo:

Rey. Nuevamente me suplica la Reina, que te dé licencia para ir á su cuarto, porque quiere divertirse con tus gracias, á causa de hallarse algo indispuesta; quiere que vayas un rato á divertirla y quitarle el mal humor de su gran melancolía.

Bert. Tambien las zorras fingen algunas veces que estan enfermas, para poder mejor agarrar los pollos.

Rey. A qué intento dices esto?

Bert. La práctica me sirve de libro.

Rey. Enfado de muger noble presto se pasa.

Bert. Las ascuas cubiertas mantienen mucho tiempo la ceniza caliente.

Rey. No oyes el fin por qué te llama?

Bert. Buenas palabras y malos hechos, engañan los locos y los cuerdos.

Rey. Ea pues, al que se ha de ir, aviarle, que el agua pasada no es espada.

Bert. El que una vez se quemó con las sopas, para otra vez las sopla, aunque esten frias.

Rey. Vaya, que de corsario á corsario no hay mas pérdida que los toneles vacíos.

Bert. Tambien piensa el borracho una cosa, y otra el tabernero.

Rey. Pues por hacer un gusto, nunca se pierde nada.

Bert. Gusto que causa daño, Dios te dé mal año.

Rey. Estando tú en mi corte, no tengas miedo de nada.

Bert. Mas vale ser pájaro de campo, que de jaula.

Rey. Vé al punto, no te hagas desear mas, porque cosa muy rogada, suele ser poco agradecida.

Bert. Infeliz de aquel que da ejemplo á otro.

Rey. Aquel que está mas, mas quisiera estar.

Bert. Quien empuja el navío á la mar, está mas espuesto al peligro.

Rey. Acaba, vé y no temas.

Bert. Cuando va el buey al matadero, suda por delante, y tiembla por atras.

Rey. Revístete con un ánimo de leon, y entra descaradamente.

Bert. No puede tener ánimo de leon, aquel que tiene el corazon de oveja.

Rey. Anda seguro, que la Reina no tiene mas enfado contra tí, pues la burla pasada se le ha convertido en risa.

Bert. Risa de señor, serenidad de invierno, sombrero de loco y trote de mula vieja, hacen una primera de pocos puntos.

Rey. No hagas que te esperen, pues toda tardanza es enfadosa.

Bert. En fin, voy porque tú me lo mandas, salga lo que saliere, ó vaya como quisiere; porque de cualquier modo es menester entrar, sea por la puerta ó la cerradura.

ALEGORIA TERCERA.

El dar audiencia á los súbditos es virtud y obligacion de Príncipes magnánimos y justos, siendo preciso escuchar hasta los pleitos de menos entidad, indagándolo todo por menudo, aunque sean ridiculeces femeniles; pues es el medio mas proporcionado para satisfacer al vulgo: y así cada uno, que se halla constituido en tal obligacion, debe usar de la política, en ocasiones de ver y no ver; diré, no hacer caso de unas, y atender á otras de mayor entidad. Al cortesano avisado, recatado y prudente, no le falta medio ó arte para comprehender los preceptos de su Soberano, que aunque los manden con rebozo, es prudencia ejecutarlos.

Con una buena industria se defiende Bertoldo del primer ímpetu de la Reina.

Luego que Bertoldo se encaminó al cuarto de la Reina, al ir á entrar oyó casualmente como habia dado órden á los que cuidaban de los perros, que inmediatamente que le viesen entrar en su cuarto, los soltáran todos, paraque por este medio quedase de ellos bien castigado (es cierto, que es á cuanto puede llegar la crueldad). Aquel dia accidentalmente, cuando venia á palacio, pasó

por la plaza: tenia un hombre una liebre viva, y la compró: llevábala oculta debajo de su capa, y subiendo arriba para cumplir con la órden, al llegar cerca del ante-cámara de la Reina, le soltaron los perros, que iban desesperados á acometerle; y es cierto que le hubieran hecho pedazos á dentelladas, si él, viéndose en tan gran peligro, inmediatamente no soltára la liebre, la que apénas vieron los perros, empezaron á seguirla con tanta precipitacion, que dejaron libre á Bertoldo, llevándolos mas la aficion de la liebre, propio impulso de su inclinacion natural á la caza. Bertoldo quedó ileso de las crueles mordeduras que le esperaban. Al mismo tiempo, que se celebraba la fiesta de la liebre con los perros, entró, y se presentó delante de la Reina, quien al verle se quedó sumamente admirada, pues ya habia consentido que le habrian hecho pedazos los perros; y así con gran cólera y enojo le dijo:

Rein. Tú estás aquí, embustero, asesino?

Bert. Ojalá no estuviera como estoy.

Rein. Pues cómo te has escapado de los dientes de mis perros fieros y crueles dogos?

Bert. La providencia ha provisto el caso.

Rein. Calla, que no se rie siempre la muger del ladron.

Bert. Quien va al molino, preciso es que se empolvorice.

Rein. Quien lleva el primero, no va vacío.

Bert. Aquel que le toca, es el que lleva.

Rein. Pues á tí te toca esta vez.

Bert. No hay mas engaño sino para aquel que se fia.

Rein. Prometer y no dar, es gran locura.

Bert. Aquel que faltase, pague la res.

Rein. El que no lo juega, lo malgasta.

Bert. A quien le va bien, está en concepto de hombre prudente.

Rein. Ir bestia, y volver bestia, es la misma cosa.

Bert. No entremos, dijo la zorra al lobo.

Rein. Pero no obstante, yo he logrado que tú hayas entrado, aun con toda tu malicia, y preciándote de astuto.

Bert. Paciencia, dijo el lobo al borrico; tales andan las bodas, que no me llaman á la mesa.

Rein. Su tiempo le llegará á aquel que lo espera.

Bert. Ventura me dé Dios, que el saber poco me vale.

Rein. Detras del trueno viene la tempestad.

Bert. Es verdad, porque el pescado grande se come al chico.

Rein. No todos los gallos conocen las habas.

Bert. Toda sierpe guarda el veneno en la cola; pero la muger airada lo tiene esparcido por todo el cuerpo.

Rein. Yo te aseguro, que esta vez no te escaparás, aunque intentes las mas sutiles malicias, de que te vales: yo te aseguro, que

ahora no te has de ir alabando de que has hecho burla: veamos si tus estratagemas contra las mugeres te valen siempre.

Bert. Al que no le toca una, le pilla la otra: el que camina mas presto, engaña al compañero: solo te pido, que ya que estás empeñada en castigarme, sea cuanto antes, para salir del susto de una vez, y salga como saliere.

La Reina hace meter á Bertoldo en un saco.

La Reina muy enfadada le hizo prender y atar fuertemente de pies y manos: mandó le llevasen á un cuarto cerca del suyo; porque de nada se fiaba, temiendo no se escapase, como habia hecho otras muchas veces, valiéndose de sus sutiles astucias; para mayor seguridad le hizo meter dentro de un saco, haciéndole atar paraque no pudiese sacar la cabeza: púsole un alguacil por centinela, paraque tuviese cuidado hasta la siguiente mañana, en que su intencion era mandarle arrojar en la corriente de un rio, privándole de esta suerte el que volviese á dar mas chascos, y usase de sus industrias.

Quedó pues nuestro Bertoldo atado de pies y manos en el saco, y nunca consintió en su fin, ni tuvo mas miedo á la muerte, que en esta ocasion; pero en medio de tanto susto pensó una nueva astucia para librarse del saco, y le salió del modo que lo pensó.

Agudísima astucia de Bertoldo, para escaparse del saco.

Viéndose el pobre Bertoldo encerrado y atado en el saco, y con la guardia de un alguacil al mismo tiempo, se le ocurrió una nueva burla, y fue fingir el hablar consigo mismo. Empezó á suspirar y á quejarse, diciendo: "O, maldita fortuna, y cómo te alegras y te gozas de mortificar tanto á los pobres, como á los ricos! O, maldita hacienda, en el estado en que me has puesto! Mejor hubiera sido para mí, y mas felicidad tendria, si mi padre me hubiera dejado pobre mendigo, pues de esta forma no me hallaria en tan infeliz conflicto! Ahora me desengaño de que de nada me ha servido el disfrazarme, ni vestirme de este grueso sayal, dando á entender con mi vestido, que era un pobre infeliz, no bastando mi humildad, ni abandonar todos mis bienes, paraque con todo esto no me hayan descubierto y conocido por hombre rico! Ellos de hecho no se han engañado: pluguiese á Dios no lo fuese! No otra cosa, sino la avaricia de gozar mi hacienda, les hace querer emparentar conmigo! Ello bien puedo padecer trabajos; pero yo nunca consentiré, ni admitiré la proposicion de casarme con ella; pues siendo yo (aunque con riquezas) un hombre todo contrahecho y feo, tengo por seguro, que la

novia tendrá tentaciones de no serme fiel; así, si la Reina insiste en que me case con ella, contra todo mi gusto, ya me imagino perdido, y sin saber en semejante lance qué hacer, ni cómo escapar de tal violencia."

El alguacil desea saber lo que entre sí habla Bertoldo.

El ministro, oyendo las palabras de Bertoldo, llevado de la curiosidad de saber la razon de semejante discurso, movido tambien á compasion, le pregunta á Bertoldo:

Alg. Hombre, qué conversacion ó qué discurso estás haciendo? Díme, infeliz, por qué te han metido en este saco?

Bert. Ah, hermano mio! Déjame, que nada te importa á tí el saber mis cuitas: solo te suplico, que no me toques, ni preguntes ese asunto: déjame quejar de mi desgracia, y cumple con tu oficio.

Alg. Advierte, que aunque yo soy alguacil, soy hombre humano y compasivo, y me mueven á lástima las calamidades del prójimo; y si yo no pudiese ayudarte en el trabajo, que ahora padeces, porque mis fuerzas no lo alcanzan, á lo menos te daré algun consuelo, que te sirva de alivio.

Bert. Poco consuelo me puedes dar, porque el término es muy breve para todo lo que conmigo se ha de ejecutar.

Alg. Pues qué te quieren dar doscientos?

Bert. Peor.

Alg. Tormento?

Bert. Mucho peor.

Alg. Echarte á galeras?

Bert. Tres veces peor.

Alg. Ahorcarte y descuartizarte?

Bert. Todavía peor.

Alg. Quieren quemarte?

Bert. Mil veces peor.

Alg. Pues qué te pueden hacer, que sea peor?

Bert. Me quieren casar.

Alg. Hombre ó diablo, es peor eso, que todo lo que se ha dicho? Yo creia, que eras hombre de entendimiento; pero ahora veo que eres un bestia: pues yo juzgué en tí un estraordinario delito, y veo sales con esa rara estravagancia, digna de risa mucho mas que de lástima.

Bert. Amigo, no digo yo que el casarse sea peor que todo lo que se ha dicho, lo peor consiste en el modo con que lo quieren ejecutar, y para mi genio te aseguro me ha de costar mas dificultad y trabajo, que todas las cosas dichas.

Alg. Pues qué modo es ese? Esplícate mas claro, paraque pueda entenderte.

Bert. Ninguno, solo que no quisiera que me oyera nadie, pues sé claramente que acabarian conmigo.

Alg. Nadie hay mas que yo, habla con toda seguridad.

Bert. Te suplico y ruego que no me seas despues traidor.

Alg. No te presumas de mí tal cosa; y así bien puedes hablar con toda seguridad, que te guardaré secreto, y te seré seguramente fiel.

Bert. Yo, en fin, me fio de tí; pues en el modo de tu trato racional se conoce eres hombre de bien; y así espero y tengo confianza no faltarás á tu palabra.

Alg. Ea pues, empieza á contarme todo el caso, que yo te escucharé atentamente.

Bert. "Has de saber, que yo me hallaba con abundancia de bienes, á que se juntaba el lustre de un honroso nacimiento, dotes ambos con que quiso adornarme el cielo; pero como todo no puede ser cabal en el mundo, he tenido la desgracia de nacer muy al contrario de la regular figura de todos los demas hombres; pues soy tan sumamente disforme y monstruoso de cuerpo, que no se hallará segundo en el mundo. Con el motivo de ausencia, dejé mis poderes á un caballero de mi patria para cuidar de mi hacienda: este caballero tiene una hija muy bonita, y llevado de mis muchas riquezas ha determinado (aunque yo soy tan feo, como te digo) que me case con su hija; muchas veces son las que me ha rogado, varios sugetos me han instado sobre el asunto, procurando reducirme á que consienta; y yo, considerando que todas estas diligencias no se ejercitan por el amor que me tenga la novia, ni tampoco me puedo persuadir la haya llevado la pasion de mi figura, porque discurro le ciega solamente el interes de mi hacienda, me he resistido, sin dar oidos á pretension semejante; y pienso que antes quisiera verme ahorcado, que casado con ella."

Alg. Con que tú eres tan rico?

Bert. Sí por cierto, tanto en raices, como en bienes muebles me ha dado mucho el cielo.

Alg. Y cuánto tendrás de renta?

Bert. Un año con otro, hago cuenta, que tendré seis mil escudos de renta, antes mas que menos, y limpios de polvo y paja.

Alg. Ciruelas! muchos marqueses hay, que no tienen tanta renta: y díme, ese caballero, que tú dices, es muy rico?

Bert. Está bastante acomodado; pero á correspondencia de mi caudal es pobre.

Alg. No obstante, cuánto tendrá de renta?

Bert. Tiene muy cerca de mil escudos.

Alg. No es tan pobre como tú dices: y díme, es bien nacido?

Bert. Eso sí, es caballero muy conocido.

Alg. Y no te quiere dar algo en dote?

Bert. Sí por cierto: espera, que te lo he de contar todo, supuesto que deseas saberlo: pero te aseguro, que no puedo hablar dentro de este saco, si no le desatas la boca un tanto, paraque yo pueda sacar la cabeza fuera, y referírtelo sin tanto trabajo. Desata, que despues tú lo volverás á cerrar en ha-

biendo oido mi historia, que es bien peregrina.

Alg. Con mucho gusto lo haré. Ea pues, ya está desatado, habla ahora á tu gusto: pero qué cara tan fea que tienes! Solo con ella puedes espantar una corrida de toros; y si lo demas del cuerpo corresponde á tu maldita fisonomía, serás un animal muy horrendo.

Bert. Sácame del todo fuera del saco, y verás mi persona, que bien plantada que está.

Alg. Yo lo haré; pero es menester que te vuelvas á meter dentro luego que hayas acabado.

Bert. Quedemos de acuerdo en lo que me dices, y no te receles de nada, pues soy caballero, y basta.

ALEGORIA CUARTA.

El cortesano no debe parecer en la corte, ni muy profano, ni muy pobre, ni muy poderoso, ni muy humilde, ni sabio, ni ignorante, por no exponerse á la envidia, ni al desprecio. Quien no sabe guardar un secreto, no es apto para ningun negocio; siendo este el alma y lo mas endeble en las mugeres. El solo artificio no sirve á la fuerza, sino para salvar á otros de la ira de los poderosos.

El Alguacil saca á Bertoldo fuera del costal.

Alg. Vamos, sal afuera.

Bert. Aquí me tienes: qué te parece esta prosopopeya?

Alg. Es cierto que eres un bello caballero! Ay Dios mio! No he visto en mi vida mas horrorosa figura de bestia! Díme, te habia visto la novia por ventura?

Bert. Nunca me ha visto, y paraque ella no me vea me han encerrado en este saco, y quieren traerla aquí á este cuarto paraque yo me despose sin luz, y despues de estar desposado me desatarán, y me haré presente á su vista y será forzoso que ella se contente por fuerza, que así lo tienen todo dispuesto; y á mí me darán luego dos mil doblones de

oro, los que pagará la Reina, pues así lo tiene ofrecido.

Alg. Cierto que es una buena ventura. Ay, y qué niño tan hermoso y gracioso! O, qué hacienda tan mal empleada! Cuántos pobres hombres y mugeres de bien se contentarian con la tercera parte! Miren á este salvage, monstruo infernal, que por tener hacienda, y ser caballero, tiene á mucha fortuna el emparentar con él una de las primeras casas y mas distinguidas familias. Por esto dice bien aquel refran, que el interes obliga á estar al tiñoso asomado al balcon. Que á mí, que soy pobre, y no soy monstruo como este pollino no me venga tal fortuna! Pero maldita sea la hacienda, que sirve para guerra de los hombres.

Bert. Si tú fueras hombre de bien, esta noche yo te hiciera hombre muy rico.

Alg. De qué suerte?

Bert. Mira, yo estoy resuelto á no casarme con ella, aunque mas fuerza me hagan; porque sabiendo yo que es tan hermosa como el sol, y adornada de todas las habilidades y gracias, envidiada de muchos, estoy cavilando y sospechando, que ella no será para mí solo: ademas de esto, en viéndome ella tan feo y contrahecho, temo no la tiente el diablo, y me dé algun bocadito sabroso, compuesto con el nombre del gran turco Soliman, y en pocas horas me haga dar un brinco al

otro mundo; y así, si tú quieres entrar en este saco en mi lugar, yo te haré dueño de una fortuna tan grande y mucho mas dichosa, que la que podias esperar en tu vida.

Alg. Cáscara! Para el pícaro, que hiciera tal locura! Ponerme yo á que despues que me desataran, y vieran que no eras tú, me hicieran contrapesar un nudo por el pescuezo, y dar el salto mortal? Eso no.

Bert. No receles de nada, porque luego que estés desposado, y conozcan que no hay remedio, tendrán paciencia, aunque lo sientan; fuera de que tú eres buen mozo y agraciado, y acaso se alegrarán, haciéndose cargo de mi grande fealdad. Una vez hecho, ya no lo podrán deshacer; con esto te entregarán los dos mil doblones de oro, entrarás en posesion de toda mi hacienda y de la suya; porque su padre es ya viejo, y ya poco tiempo puede vivir, segun la edad en que se halla: en adelante podrás vivir con honra y grande esplendor, sin ejercitar el bajo oficio que tienes, tan vituperable, infame y aborrecido del pueblo.

Alg. El negocio tú lo facilitas muy bien; pero yo te digo, que no quiero ponerme en semejante riesgo, y así vuélvete á entrar en el saco.

Bert. Ah, cuitado! Pues no sabes que al hombre audaz le sale bien tentar fortuna?

Qué mal te puede resultar de este negocio? Quieres tú, una vez desposado con ella, que su padre te haga mal ninguno? La modestia de la novia, una vez hecho, temes que ponga dificultad, y que diga que no te quiere? Pues la Reina siendo tan liberal, que llega al extremo de pródiga, piensas que ponga dificultad en desembolsar el dinero? No lo hará de ningun modo, por ser quien es, y por no parecer avarienta. Yo te aseguro, que todos se conformarán y conocerán que es permision clara del cielo, y lo llevarán con la debida prudencia, y tú vivirás despues muy regalado y contento con tu muger, servido de muchos criados, sin tener que envidiar á nadie en este mundo. Ea pues, reflexiona bien esta gran fortuna, que te depara el cielo, que no se proporcionan cada dia ocasiones como estas. Ea pues, vamos, entra en el saco, y no lo pienses mas; porque si hubiera algun peligro, que te sirviese de riesgo, no te moveria yo á que ejecutases cosa que te pudiera ser perjudicial; ni tampoco has de pensar de mí que te engaño y finjo lo que te he dicho. Mañana, antes de comer, experimentarás lo mucho que yo te quiero; hágome cargo de tus méritos, y eso me mueve á hacer esto.

El Alguacil empieza á caer en el anzuelo.

Ello es cierto, que tú me lo has pintado tan bien, que cuasi cuasi estoy determinado á arriesgarme, hecho cargo de lo que se suele decir, que quien no se arriesga no gana: ¿quién puede saber los secretos del cielo, y lo que me tendrá destinado en semejante avèntura?

Bertoldo se hace del sordo y desentendido; pone dificultades al alguacil, paraque no entre en el saco; y de este modo consigue hacerle venir mas en deseo.

Bert. Yo no entiendo de bachillerías, solo sé, que aquel que no disfruta su fortuna, cuando se le viene rodada á la mano, suele suceder despues, que cuando la busca, la encuentra en el rio: pues ya que el cielo quiere concederte esta dicha, para qué tú la desprecias? Yo sé muy bien, que si tú conocieras mi sinceridad, no pondrias tantas dificultades: en fin, hermano mio, haz lo que te pareciere, que yo no quiero cansarme mas en persuadirte tu bien: ya me entro yo en el saco, ven á cerrar, que te aseguro no te tengo de decir nada mas por todo el oro del mundo; pues no quiero ser porfiado, que fuera ya necedad.

Alg. Aguárdate un poquito, que bastante tiempo hay para meterme en el saco.

Bert. Quien tiene tiempo, no espere tiempo: ya considero que desprecias tu fortuna, y así no quiero fatigar mas mi cabeza; á la verdad que loco es aquel que quiere hacer bien á otros, con perjuicio de sí mismo.

El alguacil se determina á entrar en el saco.

Alg. Ya conozco que tus persuasiones nacen solo del mucho amor que me tienes: tambien veo lo mucho que te has inquietado por mí; y así no quiero abusar de un bien, como el que me ofreces: ya me tienes convencido, y estoy resuelto á entrar en el saco, y hacer todo lo que me has dicho, sin faltar á la mas mínima cosa; pues despues de desposado, forzoso será que quede señor y dueño de todo, y que todos tengan paciencia, y con lo hecho se conformen.

Bert. Ea, vén, cierra este saco, que yo me quiero meter dentro.

Alg. Aguárdate un poco mas, no entres tan presto, pues ya estoy resuelto á entrar.

Bert. No quiero hablar mas sobre eso, vén acá, y atarás la boca del saco.

Alg. Detente, amigo, no me quites una dicha tan grande, como la que espero; suplícote no me quites mi fortuna.

Bert. Ea pues, no quiero dejar de hacerte

esta gracia, aunque es verdad que me has hecho no poco enfadar con tu timidez: entra en el saco, y no hables mas; solo lo que te advierto es, que tengas cuidado, y esperes lo que te ha de venir: por la mañana conocerás la obra tan buena, que yo he hecho por tí.

Alg. Si yo no hubiera formado concepto de que eres hombre de bien, no me hubiera reducido á encerrarme dentro de este saco.

Bert. Ya te he dicho, que no tienes que desconfiar, ni sospechar: mete bien dentro ese otro brazo, y baja un poco la cabeza, porque eres mas alto que yo, y no podré atar la boca del saco bien, si no te encoges: me entiendes?

Alg. Ay! Que me desnuco, y el pescuezo se me tuerce! Aguarda un poco: ata ahora como quisieres, que yo juzgo no estaré aquí mucho tiempo, porque no tardará en llegar el lance de mi fortuna, segun lo que me has referido.

Bert. Dentro de dos ó tres horas, á lo mas, discurro estarás ya despachado. Ea pues, ya estás atado: estáte quieto, y no hables palabra alguna; no sea que te conozcan, y se eche todo á perder.

Alg. Yo prometo no hablar mas; pero arrímame á la pared, porque me cansaré de estar en pie tanto tiempo.

Bert. Válgate Barrabás, y lo que pesas! ya estás arrimado::: Estás bien?

Alg. Muy bien.

Bert. Pues estáte en un profundo silencio, que eso es lo que importa, hasta que el lance se logre.

Alg. Yo no hablaré; pero estáte tú tambien quieto, hasta que llegue la novia.